

## **Tasas de natalidad en declive y sociedades que envejecen**

Daniel Callahan

### **I. Introducción**

Permítanme que comience por describir cómo se despertó mi interés por el tema del descenso en las tasas de natalidad y el envejecimiento demográfico. En 1969, mientras organizaba el Hastings Center —un instituto de investigación centrado en los problemas éticos de la medicina y la biología—, me invitaron a pasar un año en el Population Council para estudiar las cuestiones éticas relacionadas con las campañas orientadas a reducir las altas tasas de natalidad que se llevaban a cabo en aquella época. El Population Council era uno de los principales institutos de investigación del mundo en estudios de población y planificación familiar y su principal interés radicaba en las altas tasas de población de los países en vías de desarrollo, aunque también había quien se preocupaba entonces por este mismo fenómeno en los países desarrollados.

Me encomendaron la tarea de determinar qué métodos de reducción de las tasas de natalidad serían admisibles desde un punto de vista ético. Sin embargo, un buen día se me ocurrió lo siguiente: ¿qué pasaría si las tasas de natalidad cayeran demasiado? Le planteé mi pregunta al presidente del Population Council, Bernard Berelson, un científico social de reconocido prestigio. De él había sido la idea de invitarme a colaborar con esta institución, una iniciativa de lo más extraña e innovadora en aquella época en que la bioética apenas existía. Berelson desechó la idea con un gesto de las manos y me dijo que no tenía tiempo para pensar en tasas de natalidad demasiado bajas. No era más que una posibilidad lejana; una simple conjetura.

Tras otros diez o más años dedicados a cuestiones demográficas, durante los cuales trabajé fundamentalmente para el Fondo de Población de las Naciones Unidas, pasé a estudiar otras cuestiones y, en especial, los problemas propios de las sociedades que envejecen. Sin embargo, no reparé en ningún momento en la relación entre el envejecimiento demográfico y las tasas de natalidad; jamás se me ocurrió relacionarlos. Más adelante, hace unos dos años, empecé a observar la aparición de artículos y libros sobre el descenso en las tasas de natalidad de Europa y sobre cómo dicho fenómeno provocaría un aumento en el número y la proporción de los ancianos en la sociedad, con el consiguiente incremento en pensiones y asistencia sanitaria para este segmento de la población. En resumidas cuentas, mi antiguo interés por los temas de población y mi reciente atracción hacia el fenómeno de su envejecimiento acabaron encontrándose.

Además, había otra razón por la cual me interesaba el tema de las tasas de natalidad. Mi esposa y yo tenemos seis hijos y, a lo largo de los años, son muchas las personas que nos han comentado que achacaban este hecho a nuestra educación católica. Sin embargo, no creo que sea algo tan simple. En la familia de mi padre — católica— había once hermanos, nueve de los cuales contrajeron matrimonio, pero entre todos ellos sólo tuvieron siete hijos. Resulta que se casaron en los años treinta, durante la Gran Depresión. La generación anterior había producido familias numerosas, de entre seis y diez hijos; sin embargo, la de mi padre no. Cómo lo lograron sigue siendo una incógnita. No era un tema sobre el que los hijos preguntaran a los padres en aquella época. Aunque ya de niño me diera cuenta de que mis padres tenían cada uno su propio dormitorio, jamás se me ocurrió preguntar por qué.

A diferencia de la generación anterior, mi mujer y yo nos casamos en 1954, una época de gran prosperidad económica y altas tasas de natalidad. Son los años

que hoy llamamos del “boom” de la natalidad, entre 1947 y 1964. Además, resulta que mi mujer, nacida en 1933, pertenecía a un grupo de mujeres con una media de 3,8 hijos, la tasa de fecundidad por edad de la madre más alta del siglo XX. Una vez pasado el “boom”, hacia mediados de los años sesenta, las tasas de natalidad comenzaron a caer de nuevo. De nuestros seis hijos, cuatro están casados, pero en total sólo han tenido cinco hijos. Aunque les encantó criarse en una familia numerosa, no han mostrado interés alguno en tener una propia; ni ellos, ni ninguno de sus amigos.

El problema del descenso en las tasas de natalidad y el envejecimiento de la población se puede entender como dos problemas distintos o como uno combinado. Si bien es cierto que existen diversas maneras de enfocar ambas cuestiones y que los requisitos en términos de políticas públicas son distintos, a la larga, se deben interpretar como dos problemas íntimamente relacionados.

--en un país determinado, una tasa de natalidad baja supondrá un aumento en el número y la proporción de la población anciana, lo cual provocará un cambio en el denominado índice de dependencia, con un número menor de jóvenes para mantener a cada vez más ancianos

--en una sociedad determinada, una proporción de la población anciana en aumento implicará un descenso en la proporción de jóvenes en edad fértil y un aumento en los recursos destinados a la población anciana en vez de a la joven, lo cual implica una vida más difícil para los jóvenes. En España, al igual que en otros países, cada vez se procura mayor asistencia a los ancianos, mientras que se recortan las ayudas a los menores. El descenso de las tasas de natalidad crea un círculo vicioso: unas tasas de natalidad bajas implican un número menor de mujeres para tener hijos.

## II. Antecedentes históricos

Si me lo permiten, voy a hablarles de los antecedentes históricos de este problema.

Desde el comienzo del siglo XX, aproximadamente, las tasas de natalidad de los países desarrollados, con una media de seis a ocho hijos por mujer, comenzaron a caer —mucho antes de la llegada de los anticonceptivos modernos y de la legalización del aborto—. Esta tendencia se denominó la “primera transición demográfica”. En la década de 1970, la mayoría de los países desarrollados había alcanzado el nivel de relevo generacional, que exige una media de 2,1 hijos por mujer.

Mientras tanto, aunque no es este el tema que voy a tratar hoy, las tasas de natalidad de los países en vías de desarrollo estaban también cayendo, en parte debido al gran movimiento internacional a favor de la introducción de programas de planificación familiar y de limitación de la población, muchos de ellos auspiciados por el Population Council. En los años ochenta, el interés internacional por la limitación de las tasas de natalidad dio paso a un nuevo interés en la educación y el bienestar de las mujeres, en vez de en los programas de planificación familiar, como un método más eficaz para influir en las tasas de natalidad. En todo el mundo, las tasas de natalidad tienden a bajar cuando aumenta la educación de las mujeres; un fenómeno observado tanto en países pobres como ricos. La natalidad ha caído en la mayoría de los países en vías de desarrollo de entre siete y ocho hijos por mujer a entre tres y cuatro —un cambio extraordinario que aún parece continuar—.

En los años setenta comenzó la llamada “segunda transición demográfica”, durante la cual las tasas de natalidad caerían por debajo del nivel de relevo generacional: desde los 1,9 hijos por mujer de Francia (que ahora han aumentado a 2,1) o los 1,5 de Suecia, hasta los 1,2-1,4 de varios países de la Europa meridional.

Junto a Japón, las tasas de natalidad más bajas del mundo se encuentran en Italia, Grecia, Portugal y España.

¿Por qué 1970? Supongo que en los años sesenta y setenta hubo un gran incremento en el número de mujeres trabajadoras, también tuvo lugar la liberalización de las leyes y las prácticas en torno al aborto y los anticonceptivos, así como un aumento acentuado del bienestar económico y el nivel de vida. Al igual que con la mejora en la educación de las mujeres, las tasas de natalidad también descienden con la prosperidad económica. Ninguna de estas variables explica el cambio; al parecer, se trata más bien de una combinación de todas ellas. Esta transición fue demográfica, pero también cultural y económica. Sin embargo, no olvidemos que esta evolución fue una continuación de la primera transición demográfica, que había comenzado antes. Con la excepción del aumento en el número de nacimientos durante los años cuarenta, cincuenta y primeros de los sesenta, la tendencia desde 1900 ha sido en todas partes a la baja. No obstante, incluso a principios de los años sesenta, pocos fueron los observadores que previeron la segunda transición, que continuaría su tendencia descendente pasada la tasa de relevo generacional de 2,1 hijos, imprescindible para un crecimiento sostenible de la población.

### **III. La maternidad y el envejecimiento: delimitación de problemas**

Las cuestiones principales que afectan a la maternidad y el envejecimiento son, a mi entender, de índole religioso, cultural y económico.

Durante la mayor parte de la historia de la humanidad, la familia ha sido el principal proveedor de seguridad y supervivencia. Los hijos eran imprescindibles para la economía familiar y, con una mortalidad infantil elevada, era necesario tener muchos para que unos cuantos sobreviviesen; además, no había modo de controlar el número de hijos aparte de unos cuantos métodos de anticoncepción y aborto que

solían ser muy peligrosos. También se entendía que los hijos eran responsables del cuidado de los ancianos, quienes no podían recurrir a ninguna otra ayuda. En definitivas cuentas, además de la ausencia de unos métodos eficaces de limitar la reproducción, había grandes incentivos sociales para tener hijos y, exceptuando las altas tasas de mortalidad en el parto, pocos para limitar su número.

Fue necesario que se produjeran cambios inmensos en muchos frentes: mejor salud para madres y recién nacidos, mejor educación de las mujeres y la aparición de oportunidades laborales, la prolongación de la adolescencia, el retraso en la edad de procrear y el surgimiento de una cultura en la que el matrimonio y la maternidad no son más que una opción más de vida —una que muchos jóvenes no eligen—.

Los problemas son religiosos porque las religiones occidentales siempre han otorgado un puesto muy destacado al matrimonio, la maternidad y la responsabilidad de los jóvenes de cuidar de los ancianos. ¿Qué debemos pensar de esa tradición? ¿Será que la religión —estoy pensando sobre todo en el cristianismo— se había resignado simplemente a la realidad, ya que, en una sociedad antigua, fundamentalmente agrícola, no había realmente otra opción para los jóvenes? Algo que me parece evidente es que la Iglesia no se ha adaptado bien a estas nuevas ideas sobre la reproducción y el matrimonio, a las que normalmente tacha de decadencia moral, en vez de verlas —como a mí me parece— como producto de una variedad de cambios sociales y económicos, de los cuales sólo una parte refleja un declive en la influencia de la Iglesia y los valores morales tradicionales —aunque obviamente también hay algo de eso—.

Los problemas son culturales porque los distintos países desarrollados tienen distintas actitudes hacia los papeles relativos de la familia, de las mujeres —especialmente las que trabajan— y del Estado en el mantenimiento de las familias y

los ancianos. Los países del Norte de Europa, con una creencia muy arraigada en el Estado de bienestar, reflejan una tendencia hacia el apoyo estatal a la familia y la reproducción, mientras que los países del sur han contado con la familia para cubrir las necesidades de bienestar de la población, inclusive el cuidado de los niños.

Los problemas son económicos debido a que existen claros indicios que apuntan a que los aspectos económicos de la formación de una familia y la reproducción, además de las políticas públicas relativas a los ancianos, constituyen fuerzas decisivas en la formación de políticas sociales y valores culturales. Hoy en día, los jóvenes en edad fértil comprenden muy bien que criar a un hijo cuesta mucho más, comparado con la generación de sus padres, y aún más con la de sus abuelos —o al menos así lo creen—. Los hijos necesitan más educación, el desempleo constituye una amenaza y los trabajos, aún cuando se tienen, pueden ser precarios, ya que el empleo en la misma empresa durante toda la vida ha desaparecido prácticamente por completo. Como resultado, los hijos permanecen con sus padres más tiempo —es más difícil desprenderse de ellos— y tienen más inseguridades con respecto a sus perspectivas de futuro en el terreno económico, incluso cuando ya se han marchado de casa.

Tener un hijo siempre es arriesgado, incluso para padres adinerados y seguros de sí mismos. Nuestro presidente John F. Kennedy dijo en una ocasión que “los niños son rehenes de la fortuna”. Muchos jóvenes, al hacer balance de las ventajas y los inconvenientes, se sienten abrumados por los últimos y menos atraídos por las primeras; por eso retrasan la paternidad hasta los veintimuchos o treinta y tantos años. Sin embargo, independientemente de los hijos que tengan —a menudo sólo uno y, con menos frecuencia, dos— las encuestas de opinión muestran siempre que, si pudieran, tendrían más. No obstante, cualquier padre sabe que de un niño a dos hay un gran

salto, y de dos a tres, la distancia es aún mayor. Cuando digo a alguien joven que tengo seis hijos —un número inconcebiblemente alto—, me miran como si fuera un marciano.

Aunque he llegado a la conclusión de que las fuerzas y condiciones económicas son las variables que afectan en mayor grado a la paternidad, parece que no caben apenas dudas de que son (1) intensificadas por el auge de la vida industrial moderna y las sociedades urbanas, que han sustituido a las agrícolas de antaño; por la necesidad de mucha más educación de lo que jamás haya sido necesario; por la transformación del papel de las mujeres, y por los cambios en los valores sobre cómo vivir la vida. Recuerden que fue el catolicismo, con su apoyo a la vida célibe de monjas y sacerdotes, el pionero en el fomento de una vida no centrada en la reproducción y la familia. En nuestra época, son muchos los que han dejado de colocar la vida en familia en la cumbre de las instituciones sociales más importantes.

**IV. Algunos datos sobre España:** España ofrece un buen ejemplo de natalidad baja. Además, he llegado a la conclusión de que lo que hace que en un país suba la tasa de natalidad, probablemente funcione también en otros lugares —siempre que exista voluntad política en este sentido—. Aunque es obvio que España ostenta sus propios valores políticos y culturales generales, además de grandes diferencias regionales, también es cierto que comparte con otros países del sur de Europa algunos valores comunes que resultan decisivos para que las tasas de natalidad sean bajas. El valor cultural más importante, a mi entender, radica en una dependencia continua de la familia, no del Estado, para la provisión de apoyo económico y social a la vida familiar, un hecho que contrasta con los países de la Europa del Norte, donde se ha asignado al Estado un papel importante en la administración del bienestar. El factor político más importante ha radicado en tímidas políticas públicas en apoyo a las madres

trabajadoras, sobre todo cuando, a comienzos de los años setenta, el número y la proporción de madres trabajadoras se disparaba y las tasas de natalidad empezaban a caer en picado. Se trata de una falta grave, ya que, a la par que caen las tasas de natalidad, se reduce el número de mujeres que podrían haberse convertido en el futuro en madres.

Al mismo tiempo, de nuevo de forma similar a otros países del sur de Europa, las políticas públicas en materia de jubilaciones y pensiones para los mayores se hicieron cada vez más generosas, con una edad de jubilación baja y un apoyo económico cercano al 100% tras la jubilación, el más generoso de Europa. A continuación les doy varios datos relevantes.

--la tasa de fertilidad española es de 1,2 (la tasa necesaria para el relevo generacional es de 2,1 hijos)

--la edad media al contraer matrimonio es de 27, y al primer nacimiento es de 29, una edad que ha aumentado considerablemente en los últimos 30 años.

--la tasa de desempleo gira en torno al 10%

--más del 50% de las mujeres trabaja a jornada completa, un porcentaje que continúa aumentando

--la segunda transición demográfica española ha producido una reducción radical de terceros y subsiguientes hijos, así como una reducción importante de los segundos hijos

--alta tasa de desempleo para menores de 30 años

--tendencia de los jóvenes de no abandonar la casa de los padres, a menudo hasta cerca de los treinta años

--menores tasas de cohabitación y de hijos nacidos fuera del matrimonio que en el Norte de Europa —la tasa de natalidad más alta de Suecia, en

comparación con España, se debe en parte a la mayor aceptación de hijos nacidos de mujeres no casadas o nacidos en situaciones de cohabitación—  
--si no fuera por la inmigración, las tasas de natalidad serían aún menores  
--en el año 2020, se predice que la población menor de 15 años será la mitad que en 1970, mientras que el porcentaje de los mayores de 65 años habrá duplicado el de entonces —es más, el reducido porcentaje previsto de mujeres en edad de tener hijos en 2020 podría llevar a unas tasas de natalidad aún menores, mientras que el número de ancianos continuará creciendo.

## **V. Razones de la baja tasa de natalidad**

### Económicas/culturales/religiosas (no es fácil distinguir sus diversos impactos)

- altas tasas de desempleo y precios de la vivienda elevados: dificultades económicas para casarse y tener hijos
- escasez de empleos de jornada reducida en España para madres jóvenes y trabajadoras
- ausencia de apoyo económico adecuado para las madres trabajadoras y para el cuidado de los hijos
- mejores oportunidades educativas y profesionales para madres, lo cual prácticamente en cualquier parte se traduce en menos hijos
- las mujeres se ven obligadas a elegir entre un empleo de jornada completa y tener hijos
- los esfuerzos reformistas en el ámbito regional han sido desiguales
- reacción contra la Iglesia conservadora y contra los regímenes políticos conservadores anteriores, que pretendían mantener a las mujeres en casa en su papel de madres.

Franco y Hitler fueron grandes promotores del aumento en las tasas de natalidad, aunque fundamentalmente con fines nacionalistas y militares.

--disponibilidad del aborto y los métodos anticonceptivos

--tasas de divorcio en aumento

En resumidas cuentas, son varios los factores que, combinados entre sí, causan este problema.

\*\*\*\*\* Desde mi punto de vista, las fuerzas económicas son las más importantes, aunque se ven reforzadas por los valores culturales. A mi parecer, en España se combinan valores tanto liberales como conservadores. La combinación de ambos no ha resultado favorable para la natalidad: los valores liberales de la sociedad moderna favorecen las familias pequeñas y las mujeres trabajadoras, y ofrecen resistencia a las influencias religiosas; los valores conservadores de la cultura española, como el recurrir a la familia en vez de al Estado para el apoyo al matrimonio y al tener hijos, también juegan en contra de la natalidad.

## **VI. Reformas necesarias**

Las necesidades españolas son las mismas que las de los demás países desarrollados:

### **La maternidad**

Toda sociedad necesita una afluencia constante de jóvenes para garantizar su vitalidad intelectual, social y económica y para mantener económica y socialmente a los ancianos. Los economistas han destacado hace tiempo la importancia de la juventud para que una sociedad sea enérgica y económicamente productiva. En un país donde la media de edad de la población se acerca a los cincuenta años, es prácticamente imposible que no falte el número de jóvenes necesario para gozar de esa vitalidad. Otros puntos que cabe considerar serían los siguientes:

--La familia y la maternidad precisan del apoyo del Estado —la dependencia de la familia ya no es suficiente—.

--Las mujeres con alto nivel educativo necesitan unas políticas públicas diseñadas para hacer posible la compatibilidad entre trabajo e hijos; es más probable que las mujeres modernas renuncien a tener hijos que a trabajar y muchas mujeres deben integrarse en la población activa por motivos económicos

--El necesario que exista un apoyo cultural de los valores familiares, aunque dichos valores deben situarse ahora en el contexto cultural de las sociedades industriales modernas, que ofrecen pocos incentivos a la maternidad

--A muchos jóvenes les parece que los hijos suponen muchos sacrificios, mucho más que en mi generación

--La prosperidad económica de por sí conduce a familias menos numerosas

--Apoyo religioso necesario para unos valores sociales y del bienestar adecuados. No es suficiente romantizar la familia y oponerse al aborto y a los métodos anticonceptivos; estos no son más que una parte muy pequeña del problema:

--El aborto y los métodos anticonceptivos procuran los medios para limitar los hijos, pero no son en sí mismos la causa de unas tasas de natalidad baja

-- El motivo fundamental por el cual los jóvenes no tienen hijos es que es difícil tenerlos, económica y socialmente. Es necesario hacerlo más fácil.

## **El mantenimiento de los ancianos**

El aumento continuo del número y la proporción de ancianos, exacerbado por unas tasas de natalidad bajas, causará unos problemas graves en el futuro, no ya porque habrá menos jóvenes para mantenerlos, sino porque es necesario que exista un grupo grande y enérgico de jóvenes para procurar la solidez económica y social del país. ¿Qué podemos hacer? Incluso aunque los jóvenes empezaran de repente a tener más hijos, pasarían como mínimo 30 años para que notásemos la diferencia; es decir, el tiempo necesario para que se integrasen en la población activa y se convirtieran en ciudadanos contribuyentes. Mientras tanto, se deben tomar medidas para enfrentarse al problema del envejecimiento de la población:

--Aumento de la inmigración: Estados Unidos no padece el problema de las tasas bajas de natalidad debido a su alto índice de inmigración, aunque este fenómeno podría estar cambiando. No obstante, una tasa alta de inmigración favorece la tasa de natalidad de un país.

--Las políticas de jubilación anticipada se deben cambiar por edades más tardías

--Se debe intentar que los mayores permanezcan en el trabajo durante más tiempo, bien con jornada completa, bien con jornada reducida.

--Merece la pena formar a los mayores en la conveniencia de aceptar trabajos nuevos y asumir nuevas funciones

--Fomentar más que los jóvenes ahorren para su propia vejez en vista de la posible necesidad de reducir las pensiones, ya que no podrán depender de sus hijos para que los mantengan cuando se jubilen

--Los ancianos deberían defender con ahínco los cambios en las políticas públicas destinados a apoyar la maternidad y a las madres trabajadoras

--Los ancianos habrán de depender más los unos de los otros para cuidarse entre sí

--Viviendas especiales para que ancianos en buen estado de salud convivan y se cuiden los unos a los otros a medida que envejecen

**Conclusión:** La combinación de unas tasas de natalidad bajas y el envejecimiento de la población presentan problemas muy difíciles. Son dos fenómenos distintos en muchos aspectos, aunque están íntimamente relacionados entre sí. Debido a las bajas tasas de natalidad habrá un problema de envejecimiento demográfico, pero el cuidado de los ancianos de hoy día constituye una necesidad inmediata que una subida repentina de la natalidad no podría ayudar a resolver. La solución a largo plazo radica en más niños, pero los incentivos y las políticas públicas orientadas a aumentar la tasa de natalidad se deben poner en marcha lo antes posible, teniendo en cuenta que pasará mucho tiempo antes de que rindan fruto. Dicho esto, no hay nada más difícil para la mayoría de las sociedades que aprobar políticas que no van a tener un efecto inmediato. Sin embargo, cuanto más esperemos, más grave será el problema.